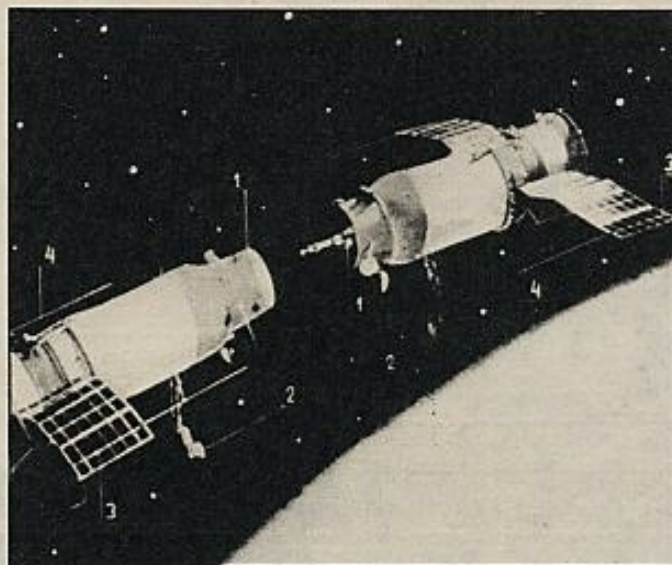


COMO tantas otras veces, un salón de reuniones en Ginebra quedó saturado de palabras y falto de acuerdos. Fue el 7 de abril pasado, al término de una reunión que durante más de un mes congregó a juristas de 46 países para intentar la regulación del uso pacífico del espacio.

No era la primera vez que se intentaba legislar internacionalmente sobre el tema. Ya en 1963 el comité espacial de las Naciones Unidas había estipulado, con el consentimiento de 36 naciones, la propiedad común del espacio extra-atmosférico para toda la Humanidad y la obligación de utilizarlo exclusivamente para el bien general, pero esta declaración contiene, pese a su formulación pacífica y altruista, una radical ambigüedad que ningún tratado posterior ha podido solucionar. En efecto, esta liberal consagración del espacio como patrimonio de la Humanidad, a la vez que veda a las naciones la eventual apropiación de los cuerpos celestes, da carta libre para una actividad mucho menos futurista: el espionaje desde satélites y la puesta en órbita de equipos nucleares.

Los objetivos militares de los programas de espionaje "vía satélite" son variados; en tiempos normales, incluyen por supuesto el inventario de los recursos estratégicos de los demás países, desde sus fuentes de energía hasta sus aeródromos; en momentos de crisis, informan a sus dueños sobre los movimientos de tropas, actividad inhabitual de los complejos industriales, construcción de silos para cohetes, etcétera.

El programa de satélites de reconocimiento militar norteamericano se remonta a los albores de la era espacial; ya en enero de 1961 cruzó el espacio, rumbo a su órbita, el "Samos 2", construido por la Lockheed, seguido año a año por un número creciente de epígonos. A partir de 1972, los lanzamientos se ordenaron en dos categorías diferentes: los satélites ligeros (alrededor de tres toneladas) propulsados por cohetes "Titán 3-B", y los pesados "Big Bird", de alrededor de once toneladas. La complementación de ambos programas es rigurosa: mientras los satélites livianos identifican los objetivos "interesantes", los grandes pájaros del "Big Bird" aseguran la observación detallada de los mismos. El poder de resolución de los equipos fotográficos de estos satélites es asombroso: volando en una órbita comprendida entre los 150 y 280 kilómetros, pueden distinguir



Satélites espías

¿DE QUIEN ES EL ESPACIO?

DANIEL SAMOILOVICH

objetos de dimensiones menores de 50 centímetros.

Un programa de satélites de reconocimiento radioeléctrico (capaces de interceptar las comunicaciones por radar), otro de aparatos en órbita geostacionaria (satélites que se mantienen fijos en relación con la Tierra, moviéndose a la misma velocidad que ella en torno al Ecuador, especialmente dedicados a vigilar determinadas bases soviéticas y chinas) y un tercero de satélites combinados (fotográfico-radioeléctricos) para vigilar la superficie de los mares a despecho de las condiciones meteorológicas completan el panorama de los satélites espías norteamericanos.

En cuanto a los soviéticos, los expertos militares occidentales estiman que sus inquietudes observadoras se bifurcan en un programa de reconocimiento orbital pilotado y otro automático. En el primero, iniciado hacia 1960, habrían jugado un papel fundamental las estaciones orbitales "Salyut 3", lanzada en junio de 1974, y "Salyut 5", en el mismo mes de 1976.

Para fundamentar las funciones militares que atribuyen a estas estaciones, los especialistas destacan su dotación, exclusivamente integrada por cosmonautas de las Fuerzas Armadas, y la sugestiva presencia de una cápsula automática recuperable, que fue separada del conjunto de

maquinarias que quedaron en órbita. Esta cápsula, inexistente en las restantes versiones del "Salyut", sería la portadora de las fotografías de alta resolución, que, a diferencia de la mayoría de las observaciones científicas, no pueden aún ser transmitidas a la Tierra por telefoto. Sólo la existencia de un material como éste, arguyen los expertos occidentales, podría justificar el costoso procedimiento de recuperación.

El otro programa soviético, el automático, está integrado por los "Cosmos", propulsados por el mismo cohete "Soyuz" que se utiliza para los lanzamientos tripulados. Los "Cosmos", normalmente proyectados a su órbita desde el cosmódromo de Kazajistán o desde una base situada en el Norte de la Unión Soviética, forman parte de un programa regular que prevé una frecuencia de treinta a cuarenta lanzamientos anuales. La duración media de su misión es de aproximadamente trece días, pero la cápsula conteniendo las fotos de alta resolución puede ser recuperada antes si la situación lo exige. Tal parece haber sido el caso de los "Cosmos" 463 y 464, que investigaron el escenario de la guerra Indo-pakistaní en 1971 y regresaron a la Tierra en cinco días, al igual que sus parientes el 596 y 597, convidados de piedra en la guerra de Jom Kippour en 1973.

Pero, sin duda, el más sonado de los "Cosmos" ha sido el 954,

que se desintegró sobre el Canadá en febrero de este año, llevando a bordo un reactor atómico y cincuenta kilos de uranio enriquecido. Pese a las seguridades ofrecidas por la Unión Soviética en el sentido de que una cápsula de plomo protegía debidamente el material radiactivo, el incidente provocó una airada reacción del país que había recibido este curioso donativo "del cielo".

Por otra parte, y pese a que el "Cosmos 954" no era en verdad un polvorín espacial, sino un modesto espía, es sabido que están en desarrollo satélites que sí son armas de guerra. El mando de la defensa aérea norteamericana afirma haber detectado recientemente experimentos realizados por satélites soviéticos, en el que éstos se fotografiaron mutuamente con técnicas similares a las de los rayos laser. Si las fotografías salieron nítidas, coligen los militares norteamericanos, es la señal de que están en condiciones de atacar efectivamente con rayos ópticos. Fue también promocionado el caso de un satélite norteamericano de alarma, que, hace algo más de un año, fue cegado sobre el océano Índico, rumoreándose como causa posible un ataque con rayo laser. La explicación oficial desmintió la especie, afirmando que la ceguera del satélite fue provocada por las llamas de un incendio producido en un gasoducto, sobre territorio ruso.

En todo caso, con o sin laser soviético, la empresa Vought, de Dallas, recibió a comienzos de este año un contrato de cerca de sesenta millones de dólares para desarrollar un "satélite de caza". El aparato estará dotado de un detector de calor y un fuerte explosivo. Lanzado en una órbita cercana a la del satélite que se quiere destruir, localizará, en el ambiente helado del espacio, el calor producido por el motor de su presa, se situará junto a él y estallará destruyendo al enemigo en el más puro estilo kamikaze.

Teniendo en cuenta estos programas, no es raro que los especialistas de 46 países reunidos en Ginebra el mes pasado no hayan podido concretar acuerdos para la utilización pacífica del espacio. Allí se denunció, incluso, que muchos de los satélites de observación científica cumplan planes de observación militar, o utilizaban "deslealmente" la información recogida.

El camino adoptado por ocho países situados en la línea del Ecuador terrestre, domicilio preferido de los satélites geostacionarios, al declarar un espacio nacional extendido 36.000 kilómetros por sobre sus fronteras, tampoco parece concluyente: de hecho, carecen de medios para ejercer este dominio. ■